

seducir por falsos bienes, ¿no vamos ahora a dejarnos seducir por ese Niño que viene a salvarnos naciendo entre nosotros? ¿Qué sería de nosotros sin ese Niño? Toda nuestra salvación se cifra en este Niño, que es el único que puede volvernos a abrir las puertas del cielo.

3º Amor y gratitud, pero también **cambio de vida** al ofrecerle a ese Niño nuestro corazón. Y el principal cambio de vida es que nosotros, en nuestra vida cristiana, aprovechemos la gracia propia de la Navidad, que es una gracia de *filiación divina*. Así lo dice San Pablo: que *«al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, para que nosotros recibiéramos la adopción de hijos»* (Gal. 4 4-5). Por eso, quien aún no es hijo de Dios, hágase hijo de Dios por la gracia; y quien ya es hijo de Dios, porque tiene la gracia, crezca en actitudes y disposiciones filiales. Y así, a fuer de hijos, animemos toda nuestra vida, al igual que Nuestro Señor, con el deseo de agradar en todo a nuestro Padre celestial, de cumplir fielmente su voluntad, de abandonarnos a su Providencia, de evitar el pecado y todo cuanto pueda ofenderle o desagradarle. En ese sentido decía también San León Magno en los Maitines de Navidad:

«Demos gracias a Dios Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo, porque habiéndonos amado con su infinita caridad, tuvo compasión de nosotros. Y como estábamos muertos por el pecado, a todos nos hizo revivir en Jesucristo, para que fuésemos en Él una nueva criatura, una obra nueva. Despojémonos, por lo tanto, del hombre viejo con todas sus obras, y admitidos a participar del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad, y ya que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, guárdate bien de recaer en tu antigua bajeza por una conducta indigna de tal grandeza. Acuérdate de qué Cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Y no olvides jamás que, sustraído al poder de las tinieblas, has sido trasladado a la luz y al reino de Dios».

4º Ya sólo faltaría decir que, para vivir convenientemente nuestra Navidad, hemos de **encomendarnos a la Santísima Virgen**. La Iglesia, en su liturgia de Navidad, no sabe si agradecer más a Nuestro Señor el haberse hecho hombre, o a la Virgen el habernos dado al Salvador. Continuamente engrandece, en los Maitines y demás oficios, la maternidad divina y virginidad perpetua de María. Dios ha querido hacernos el gran don de su Hijo a través de María, asociándonosela como Esposa, para tener juntamente con Ella el mismo Hijo. Ella fue la primera en contemplar a su Hijo Jesús, guardando cuidadosamente en su Corazón todo lo que oía y aprendía de Él. Y por eso mismo, Ella es la que mejor sabrá enseñarnos a vivir este gran misterio.

Pidámosle, pues, a Nuestra Señora que sea Ella la que nos consiga a todos nosotros esas gracias tan grandes de la Navidad. Ya que Nuestro Señor quiso venir a nosotros por Ella, que también por Ella venga ahora con su gracia de Navidad a nuestras almas y a todas nuestras familias.

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

488

3. Fiestas del Señor

«Si conocieras el don de Dios» Fiesta de la Natividad del Señor

Pasadas ya las cuatro semanas de Adviento, figura de los cuatro mil años en que Dios nos hizo esperar al Redentor prometido, tenemos la alegría de ver cómo todo ese mundo de figuras y de promesas se transforma. Dejamos ya el Antiguo Testamento para pasar al Nuevo, que es un testamento de realidades. Por fin viene a nosotros el Salvador, tantas veces prometido, y por el cual suspiraron tanto los justos del Antiguo Testamento. Tenemos ya la alegría de tenerlo con nosotros. Y es tanta la alegría que la Iglesia siente en este día de Navidad, que a todo sacerdote le deja celebrar tres Misas.

¿Por qué tres Misas? Porque la Iglesia quiere que, así como durante el Adviento hemos recordado tres las tres venidas de Nuestro Señor –la venida en carne mortal, la venida a nuestras almas por la gracia, y la venida al final de los tiempos para juzgarnos–, también quiere, en esta fiesta de Navidad, recordar los tres grandes nacimientos de Nuestro Señor. Y a cada uno de estos nacimientos podemos ver vinculado un don peculiar de Dios.

1º Primer nacimiento, en el seno del Padre. Confirmación de nuestra fe.

El primer nacimiento, que parecen enfatizar los textos de la primera Misa, la de Medianoche, es el nacimiento eterno en el seno del Padre, que constituye a la persona misma del Verbo desde la eternidad. Por este nacimiento eterno de Nuestro Señor en el seno del Padre, sabemos nosotros realmente que ese Niño que nace en Navidad es Dios mismo, el Hijo amadísimo del Padre, en quien Él pone todas sus complacencias, y que supone toda su dicha y felicidad: *«Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy»* (Sal. 2 7).

Y ahí tenemos el primer don que nos concede Dios a través del nacimiento de su Hijo. El Señor asienta nuestra fe, porque todos los misterios que nuestra fe nos manda creer, todo lo que el Señor nos había prometido y revelado, se concentra y resume en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, en la fe en su divinidad, en la Iglesia que Él viene a fundar, en la gracia que Él viene a merecernos, en el cielo que Él vuelve a abrirnos. El Señor confirma nuestra fe, y lo hace de múltiples maneras, porque cumple todas las promesas del Antiguo Testamento. Esa fe no dejó defraudados a los Patriarcas, por más que el Señor pareciese tardar mucho en cumplir sus promesas.

2º Segundo nacimiento, en el seno de María. Confirmación de nuestra esperanza.

El segundo nacimiento es el nacimiento temporal en el seno, no ya del Padre, sino de María Santísima. Este segundo nacimiento, que es el que conmemora sobre todo la tercera Misa, la del Día, queda esencialmente ordenado a la redención de los hombres, esto es, a la expiación del pecado y a la devolución de la vida divina de la gracia. Por eso el ángel le había dicho a San José: «*Le pondrás por nombre Jesús –Salvador–, porque El viene a salvar a su pueblo de sus pecados*» (Mt. 1 21). Esa era la meta de la encarnación.

En este segundo nacimiento el Señor asienta nuestra esperanza. En efecto, toda la esperanza de la humanidad se resumía en el Prometido de las naciones, y ese Prometido es Nuestro Señor Jesucristo. ¿No dirá San Pablo que, «habiéndonos Dios dado a su Hijo unigénito, nos lo ha dado todo con El?» (Rom. 8 32). Y es en el misterio de la Navidad donde Dios nos hace el don de su Unigénito, para que sea ahora «el Primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8 29). Por la encarnación y la Navidad, Dios entra a formar parte de su propia obra, encauzándola y encabezándola para darle a Dios un tributo infinito de gloria, y devolvernos a nosotros, pecadores, la vida divina perdida: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc. 2 14). Por eso San León nos dice en los Maitines de la fiesta de Navidad:

«Nuestro Salvador ha nacido hoy; alegrémonos. No puede darse tristeza en el día en que nace la vida, el cual, disipando el temor de la muerte, baña en alegría a nuestras almas por la promesa certera de la eternidad. Nadie hay que no tenga parte en esta alegría. Nuestro Señor, destructor de la muerte y del pecado, al vernos a todos sujetos al pecado, ha venido a liberarnos. Que salte de júbilo el que es santo, porque se acerca para él la hora de recibir la palma. Alégrese también el pecador, porque se le concede el perdón. Anímese el gentil, porque es invitado a la vida».

3º Tercer nacimiento, en nuestras almas. Confirmación de nuestra caridad.

El tercer nacimiento es el nacimiento de Nuestro Señor en nuestras almas, que es la meta que el Señor persigue a través de su encarnación y venida en el tiempo. La Iglesia parece hacer hincapié en este nacimiento espiritual en la segunda Misa de Navidad, la Misa de la Aurora. Y es que de nada nos serviría que el Señor se hubiese encarnado y se hubiese hecho hombre por nosotros, si no pudiera después comunicar a nuestras almas el fruto de esa encarnación y de esa redención, si no pudiera volver a darnos la vida de la gracia que nos hace nacer hijos de Dios.

En este tercer nacimiento el Señor reaviva nuestra caridad. El solo hecho de tener esa manifestación tan grande del amor de Dios –«así amó Dios al mundo, a la humanidad, a los hombres pecadores, que le dio a su Hijo unigénito» (Jn. 3 16)–, nos incita a pagar amor con amor. Tenemos la certeza de que Dios nos ama, ya que el Señor nos lo ha mostrado con obras, la principal de las cuales es que El mismo se haya hecho hombre y haya compartido toda nuestra existencia: «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn. 1 14).

¿Qué amor nos muestra Dios, que por nosotros haya querido hacerse hombre? Cuando Adán cometió el pecado desobedeciendo a Dios, Dios pareció burlarse de él: «Ahí tenéis a Adán hecho como uno de nosotros» (Gen. 3 22). Y, sin embargo, ahora en la Navidad, somos nosotros los que podemos decirle a Dios: «Ahí tenemos a Dios hecho como uno de nosotros»; a Dios, entrando a formar parte de nuestra raza, de nuestra familia, para mostrarnos el amor que nos tiene; ese amor que lo lleva a vivir como nosotros, con el fin de santificar todas las etapas de nuestra vida, todas nuestras acciones, todas nuestras pruebas y dolores, «siendo en todo semejante a nosotros salvo en el pecado» (Heb. 4 15).

4º Nuestras disposiciones durante la Navidad.

¿Cuáles son los sentimientos y actitudes que debe despertar en nosotros esta fiesta y tiempo de la Navidad? Podemos deducirlo si vamos contemplando los diferentes personajes que tienen la gracia de estar presentes en el nacimiento de Nuestro Señor, y viendo cómo se comportan ellos.

¿Cuál fue la actitud de Nuestra Señora cuando tuvo por primera vez en sus brazos a su divino Hijo? Lo primero que hizo Nuestra Señora, ciertamente, es adorar a su Hijo, creyendo que ese Niño que nacía de Ella es Dios, su propio Creador. La Virgen María lanzó sobre ese Niño una mirada con la que lo penetró totalmente, con la que se dio cuenta ya de lo que era ese Niño, y de cuál iba a ser su acción como Redentor.

Fijémonos luego en los pastores, avisados por los ángeles, cómo van presurosos y alegres, buscando lo que el ángel les ha indicado. La señal que el ángel les ha dado para distinguir al Niño al que deben buscar, al Niño que es el Salvador, el Cristo Señor, es por lo menos sorprendente: «Hallaréis a un Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre» (Lc. 2 12). Pues bien, humildes y dóciles como son, esos pastores no van a Belén buscando pompa ni palacios, sino que empiezan a buscar a un Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre; y una vez que lo hallan, adoran a ese Niño, se lo piden a la Madre para abrazarlo y amarlo, y divulgan luego la noticia por toda la comarca de Belén.

Podremos ver más tarde a los Magos. Fijémonos en las actitudes que tienen con Nuestro Señor, porque les vienen inspiradas por Dios, por ese Niño al que van a adorar. Los Magos ya saben a quién van a encontrar: a alguien que es Rey, y le traen oro; a alguien que es Dios, y le traen incienso; a alguien que va a morir por nosotros, y le traen mirra para su embalsamamiento.

¿Y el anciano Simeón? El Espíritu Santo le había prometido que no moriría sin ver al Salvador de Dios. ¡Con qué alegría corre entonces al Templo, y le pide a la Virgen el Niño que lleva en sus brazos, y lo adora, y tanto agradece a Dios la luz y gloria que por ese Niño nos debían venir, que ya puede dejar este mundo en paz!

1º Nosotros, acompañando a todas estas almas santas, lo primero que hemos de hacer es **adorar a ese Niño**. Por eso en España tenemos la costumbre, en el tiempo de Navidad, de adorar después de Misa al Niño Jesús, reconociendo en El a nuestro Dios, a nuestro Creador, a nuestro Redentor.

2º Nuestra segunda actitud ha de ser la de **amor y gratitud**. ¿Cómo no amaremos nosotros a quien tanto nos ama? Y puesto que tantas veces nos hemos dejado